

**MAR EN CALMA  
Y FELIZ VIAJE**  
bette howland

traducido del inglés por Esther Cruz

*Para las personas a las que Bette quiso*

### **MAR EN CALMA**

Una calma honda el agua domina,  
sin movimiento el mar reposa,  
y turbado el marinero mira  
la superficie en derredor: una losa.  
Viento no sopla desde ningún rincón,  
horrenda calma de muerte.  
En esa enorme extensión,  
ni una ola, ni una, se mueve.

### **FELIZ VIAJE**

La niebla se desgarrar,  
se hace la luz de pronto,  
y Eolo desata  
el lazo temeroso.  
Susurran los vientos,  
se revuelve el marinero,  
¡Rápido! ¡Rápido!  
Se separan las olas,  
la distancia se acorta,  
ya la atisbo, ¡tierra!

Johann Wolfgang von Goethe<sup>1</sup>

- 1 Ambos poemas se recogen en versión de la traductora a partir del original alemán. Howland, por su parte, cita la traducción al inglés de Scott Horton. (Los textos aquí reunidos están plagados de referencias a diversas obras literarias y religiosas. Todas ellas aparecen vertidas al español por la traductora, que además es responsable de estas notas al pie en todos los casos. Con la intención de evitar una sobrecarga de notas y de respetar el espíritu de la obra de Howland, se referencian únicamente las citas y los elementos socioculturales imprescindibles para el pleno disfrute de estos relatos).

## Una visita

Iba conduciendo por una autovía que atravesaba una gran ciudad. Intersecciones, accesos y salidas, puentes, pasos a desnivel. El tráfico brillaba, las obras de la carretera se extendían ante mí hasta la eternidad. Seguí por el camino equivocado. Ya sabes cómo va: te confundes de carril, te equivocas de desvío y acabas atrapada; no hay nada que hacer salvo seguir avanzando, más y más, hasta la siguiente salida. Ya estaba oscureciendo y las condiciones del camino empeoraban. Banderolas, luces de emergencia, sacos de arena, barricadas. No solo estaba perdida: estaba en una carretera cortada. No era ni una carretera. Un túnel de rocas y fango cerrado por reparaciones. Por eso no había más coches; los demás conductores eran conscientes del lío y de las obras y habían tomado los desvíos pertinentes.

Sin embargo, alguien más debía de haberse visto en la misma situación, porque de la nada salió un coche que pasó volando, con el tubo de escape reluciente, rojo, entre las luces traseras. Casi esperaba oírlo: el derrape, el chirrido, el choque y el aullido de metales y cristales.

NO TE PARES. Es lo que aconsejan siempre. Sigue conduciendo, aunque pinches una rueda; si tienes una avería, nunca salgas del coche. Era de noche, estaba en tierra de nadie, sin nada más alrededor que edificios calcinados, ventanas oscuras, muros de ladrillo cubiertos por duros emparrados de alambre de espino. En el aire humeante, a la deriva, viajaban los silbidos lejanos de unas sirenas.

Aun así, supongo que de todas maneras me paré y me bajé, porque lo siguiente que recuerdo es ir abriéndome paso a pie, con torpeza, sobre los escombros. Notaba la cabeza nublada y el brazo me ardía. Lo tenía pegajoso. Oh, oh, pensé. ¿Y si he sido yo? ¡Seguro que he sido yo! ¡Era yo la del porrazo de ahí atrás!

Tenía sentido. No veo bien de noche e iba conduciendo demasiado rápido. Ahora suelo hacerlo, ya sabes, desde que me di cuenta de que la poli no para a señoras de pelo gris que viajan en rancheras. Así que es lógico.

Era uno de esos casos de una noticia buena y una mala.

Tuve suerte; conmocionada, quizá, pero apenas herida, algún arañazo. En aquel momentos el accidente me parecía la menor de mis preocupaciones. Porque ahí estaba yo, sola por completo, sin nadie a la vista (¿quién iba a ser tan tonto para tirar por una carretera cortada?) y nada segura de poder albergar esperanzas de que apareciese alguien. Y, si aparecía, a lo mejor no venía al rescate.

Era un lugar bastante siniestro, desde luego. De esos con los que se tienen pesadillas.

Un paso a desnivel, pensé al principio; pero entonces vi que me encontraba bajo tierra, en un túnel de metro, avanzando a trompicones por las vías, camino de la parada. Cerrada por obras. Ni pasajeros ni torniquetes ni revisores. Tablones

dispuestos sobre los andenes llenos de socavones. Techos medio caídos, escaleras rotas. En la entrada, una puerta improvisada. O el cristal estaba muy sucio o... Sí, eso, no era cristal; era esa cosa de plástico que clavan en los marcos de las ventanas como impermeabilización. Por eso costaba tanto ver al otro lado.

Y yo estaba mirando, eso desde luego.

Y, desde luego también, venía alguien. A través de la película de plástico, el efecto era el de una forma que se iba materializando: un uniforme, silueta robusta, una placa en el pecho. Entonces la puerta se abrió, el hombre bajó rápido por los tablones y vi que no era tan grande como me había parecido, aunque sí bastante, y que no llevaba uniforme. Sin placa, solo un gabán. Aun así, tenía las maneras de un hombre que lleva placa en el pecho. Mucha pechera, botones a pique de estallar. La barba gris y puntiaguda, enérgica; el pelo gris y erizado; el cuello corto, rígido, bajo la ropa.

Llevaba unas gafas de carey, angulosas, ladeadas, tipo arlequín, y bajo el brazo sujetaba una cartera, muy firme, con gesto posesivo, como una mujer agarraría un bolso.

Los rusos, dijo. ¡Los rusos me están volviendo loco!

Aquello me resultó extraño, la verdad, porque a mí él me parecía ruso. A lo mejor era el destello de las gafas, que daba un matiz asiático a su rostro; tenía las sienas pulidas, abultadas, y lo mismo ocurría con el bulbo rubicundo y calvo que formaba su nariz. ¿Y la gabardina? Un uniforme, al fin y al cabo: con cinturón, arrugada, ese aspecto deteriorado tan familiar. Un hombre del KGB.

¿De qué iba a ser si no? ¿Del FBI? ¿La CIA? ¿El MI3?

Echó mano de la cartera, que resultó ser una serie de planos que desplegó con un traqueteo y un chasquido de la muñeca.

Bueno, no representaba una amenaza, aunque tampoco un rescate como tal. Y parecía haber llegado el momento de hablar en alto; el brazo me ardía. Me dio la impresión de que podía ser el encargado de aquel sitio.

¿Señor?, dije.

Estaba inspeccionando los planos, los mantenía en alto, a la luz. Solo una bombilla, una bombilla para toda aquella grisienta oscuridad, una bombilla que colgaba en una jaula de alambre. ¿Qué otra cosa podría esperarse en mitad de una obra? Quizá el tipo fuese el ingeniero del proyecto. ¿Pero para quién trabajaba? A mí seguía pareciéndome un agente doble.

¿Señor?, dije. Y es que al fin empecé a pillarlo. Las carreteras malas, el accidente, la herida leve. Este pequeño burócrata. Este lugar.

¿Señor? ¿Estoy muerta? ¿Es eso? ¿Estoy muerta?

Me escuchaba perfectamente, no te creas, pero no tenía intención de responderme. Demasiado ocupado estudiando sus planos, la barba como una pata de conejo en la punta de la barbilla. Y yo podía esperar. Tenía todo el tiempo del mundo.

¿Es eso lo que significa?, dije. ¿Significa que tengo que ser yo para toda la eternidad?

Odio hacer ruido.

Retorcí aquel cuello corto por encima de la ropa y apuntó su barbita rígida hacia mí. Para toda la eternidad, respondió.

¿Qué te decía? Lo que te decía: una noticia buena y una mala.

Me planteé qué posibilidades habría de hacer un curso intensivo de mejora personal allí, en la Eternidad. Más frío del esperado. Mucho frío.

Para entonces estaba llegando más gente, otros miembros del equipo, según deduje: monos de trabajo, cascos, gafas de



soldador. No me dedicaron ni una mirada, no fuese a estar yo esperando un Comité de Bienvenida. Estaban todos allí plantados, con los brazos en jarras, mirando boquiabiertos y con ojos desorbitados aquellos puñeteros planos. Y el infierno no era, por cierto, si era eso lo que estabas pensando. Solo era el otro mundo, el inframundo: mala iluminación, fugas en el alcantarillado, canalones rotos y demás. ¡Conque así era! El Lugar Ilustre. Un vertedero famoso, eso es. Aunque nadie debería sorprenderse: todo el mundo sabe que las infraestructuras están fatal.

¡Pero mira con quién hablo! Como si hiciera falta que te lo explicase. Lo sabes de sobra, ¿no? Llegaste aquí antes que yo.

Lo que me recuerda otra cosa. Alguna gente iba a sentirse mal por todo esto, gente a la que no me gustaría causar ninguna pena. Y ahora mira dónde estoy y lo que he hecho. Se sentirán como me siento yo por ti. No es momento de echarte nada en cara, lo sé, pero ojalá hubieses cuidado mejor tu cuerpo cuando estabas en él. Yo lo cuidé. Cuando estabas en él.

Esto me trae otra pregunta a la cabeza.

¿Qué pasa con la gente que conocí y quise?, dije. ¿Voy a poder verla?

Todos esos cascos apiñados, asomando hacia arriba bajo la luz enjaulada. El hombre me miró de verdad por primera vez: el director, el agente. Pensé: difícil de decir; pero las gafas inclinadas brillaron un instante con una luz turbia de bola de cristal.

¡Eso mismo quieren saber todos!, dijo él. ¡Pero de eso va precisamente el espectáculo! Y no puedo desvelar el secreto, ¿verdad?

La luz se apagó. Subí entre la oscuridad. Te estaba buscando, fui a buscarte. El brazo me seguía doliendo.